Representaciones parentales frente a la violencia y la inseguridad en México[1]

Aurora Romano Mussali[2]

En México, resulta cada vez más frecuente, que los padres asistan a consulta porque no pueden lidiar con la incertidumbre de que sus hijos no les contestan el teléfono celular, porque salen de casa sin decir adónde van o, porque no regresan a la hora establecida. Además, algunos refieren que han sido víctimas de llamadas de extorsión con relación a posibles secuestros, lo cual han sido experiencias que los deja impactados y atemorizados, ya que experimentan la posibilidad de vivir en carne propia, la violencia que escuchan y leen a diario en los medios de comunicación. Se trata de discursos donde habita el miedo a que sus hijos salgan solos, pero al mismo tiempo reconocen la importancia del mundo social y activo de estos. Es decir, la clínica nos enfrenta a padres paralizados que por un lado, se enfrentan a la necesidad de promover y permitir la autonomía y libertad que necesitan sus hijos para explorar el mundo, y por el otro, tienen la necesidad de protegerlos ante el entorno cotidianamente violento e inseguro dentro del cual crecen.

Tanto niños como jóvenes, necesitan de la autonomía y confianza parental para separarse psíquicamente de sus padres y explorar el mundo con confianza y seguridad. Nuestro papel como especialistas en salud mental es sin duda, acompañar a nuestros pacientes, ya sean padres de familia o hijos, a que estos procesos de separación-individuación transiten

1 Versión modificada de la publicada en Romano, A. (2019). Representaciones parentales frente a la violencia y la inseguridad social. En *Violencias y subjetividad. Género, infancia y sociedad*, P. Alkolombre y E. Ponce De León (Comps.), Buenos Aires: Letra Viva, pp. 161-168.

2 Psicoanalista adherente Asociación Psicoanalítica Mexicana, maestra y doctora en Psicoterapia por el Centro de Estudios de Postgrado (APM); Lic. en Psicología por la Universidad Iberoamericana; Miembro del Comité de Mujeres y Psicoanálisis (COWAP/IPA, Latinoamérica).

por caminos que lleven al desarrollo, la autonomía y a la salud psíquica. Sin embargo, aunque sabemos de estos procesos normales de desarrollo ¿qué le contestamos como profesionales a una madre con miedo de que su hijo vaya al *"antro*" con sus amigos?, ¿acaso, que lo deje crecer?, ¿que no lo sobreproteja? o ¿que no lo deje ir? ¿Hasta qué punto podemos entender estos dilemas de los padres, como su propia destructividad y necesidad de control frente a sus hijos?, o acaso la salida fácil para responder a la demanda de estos padres es que nosotros no damos consejos y no tenemos por qué ser directivos. Es cierto que, como psicoanalistas, son múltiples variables las que tenemos para realizar una profunda comprensión de las interacciones padres-hijos y que también, son muchas las perspectivas teóricas de las que podemos partir. Sin embargo, lo que no es tan evidente y sabemos poco, es sobre cómo lidiar con aquello que también nos preocupa a nosotros, ya que formamos parte de la misma realidad social amenazante de nuestros pacientes.

Ante estas problemáticas mencionadas, el psiquismo suele buscar la salida más fácil que es la *disociación* o la *escisión* y así dejar en silencio aquello que nos atemoriza en relación a la violencia y la pulsión de muerte. Por lo tanto, resulta indispensable abrir espacios de reflexión sobre la violencia social. Como primer paso, es necesario reconocer que nosotros mismos estamos vinculados con el problema y alzar la voz; se trata de poner en palabras todo aquello que por atemorizante y amenazante queda en el silencio. Como dice Eldridge Clever, activista afroamericano de los años setentas: "Ya no hay espacio en el mundo para la neutralidad, ahora o eres parte de la solución o serás irremediablemente parte del problema". [3]

Sabemos que día con día todos tenemos que lidiar con la incertidumbre de la inseguridad que se vive actualmente en nuestro país, violencia que se impregna en los escenarios de nuestra cotidianidad. Además de esta inseguridad, se suman las políticas de seguridad pública del país, que no nos sostienen lo suficiente, ni garantizan el necesario resguardo frente a las constantes amenazas de violencia. Esto significa que, como psicoanalistas, tenemos que trabajar en dos frentes: por un lado, el

3 Frase original: "*There is no more neutrality in the world. You either have to be part of the solution, or you're going to be part of the problem"*.

del inconsciente, sus pulsiones y representaciones y por otro, la realidad ambiental externa y sus consecuencias.

Las preguntas que deseo plantear en esta comunicación son: ¿Cómo vamos integrando en nuestro trabajo clínico, como psicoanalistas mexicanos, la comprensión de la patología en un entorno donde la realidad traumática se impone sobre las dificultades para lidiar con los procesos psíquicos internos? Es decir: ¿Cómo se conjuga lo interno de los propios impulsos y recursos yóicos con lo traumático de la realidad social en la que vivimos en México, hoy en día?, ¿Cuánto peso le otorgamos a la realidad social externa con relación a los procesos intra-psíquicos? y ¿Cómo se va permeando la inseguridad social en las representaciones de los padres y la particular forma en que afecta las relaciones que se establecen entre padres e hijos y su desarrollo?

Este trabajo fue inspirado en gran medida por la tesis doctoral de la psicoanalista israelí Mann-Shalvi (2016), quién realizó una investigación para explorar las pre- representaciones de padres con hijos varones que desde su nacimiento saben que este tendrá que ir al ejército a luchar en el frente militar. Menciona la autora, que las angustias frente al miedo de perder a un hijo, se hacen mayores en relación al monto de ambivalencia que rodea el deseo de tener al hijo. Su estudio me parece relevante para este trabajo, ya que revela la experiencia de criar vida acompañada de la sombra del miedo a la muerte. Sin querer parecer alarmista, ni sensacionalista, es imperante que como psicoanalistas podamos alzar la voz e intentar pensar y ponerle palabras a la destructividad espeluznante que emana de nuestro entorno social: cientos de desaparecidos, fosas clandestinas, feminicidios, secuestros, asaltos, extorsiones y políticas coludidas con un sistema donde lo único que prevalece es la corrupción, el abuso del poder y la ambición sin medida. Rozenbaum (2016) menciona que el dominio y abuso del poder de una generación sobre la otra, no puede sino alterar gravemente las ideas que un infante se puede hacer sobre las relaciones de poder real, de dependencia, de amor y de reciprocidad, relaciones que rigen el orden de los sexos y las generaciones. Además, se originan confusiones que llevan a los niños a identificarse con el agresor o sentirse "la causa de" y así comprometer la autoestima en su aspecto masoquista, y donde la culpa encontrará un caldo de cultivo.

En la misma línea, Alizalde (2002) menciona en relación al trauma del Estado, que la desprotección social por parte de este, se convierte en un factor de riesgo tanto físico como mental. Para esta autora, cuando el

mundo exterior real, corrompe principios éticos, colabora en la formación de ideales corruptos en las generaciones venideras. El superyó pierde su función de guardián de una consciencia moral que aspira hacia ideales organizadores de una vida en comunidad, y la ética queda suspendida. El riesgo es que el ejemplo parental-social consiga en muchos casos, internalizarse en el superyó de los adultos, contaminándose e inoculando el mal ejemplo de las autoridades y de los mecanismos de control social. Estas desviaciones destructivas son transmitidas a las generaciones venideras con una educación orientada hacia la antiética y la perversidad.

Por otro lado, Rozenbaum (2016) plantea que no todo suceso difícil se constituye en un trauma, donde los padres tienen una función trascendental. Para explicarlo, la autora toma como punto de partida el concepto de trauma planteado por Freud, como aquello que traspasa el límite de lo tolerable, que no puede ser tramitado y que se presenta con un exceso de excitación psíquica. Es así que, lo traumático, se relaciona con las fantasías que estos hechos activan o el flujo pulsional que desencadena. Una de las dimensiones del trauma, es que se pierde la seguridad en el ambiente como objeto protector, lo que disminuye la autoestima, aumenta las inhibiciones y reduce la capacidad creativa.

Con relación a la crianza frente a lo traumático, es trascendental la mediación del adulto y cómo este hecho va ser simbolizado por la *psique* parental. De ahí la importancia sobre la manera en que el adulto traduce lo traumático para ser comprendido por los hijos. La salida del trauma requiere la posibilidad de anticipar un vínculo con un objeto protector que restaure el equilibrio, la vivencia temporal de continuidad, sin brechas que permitan catectizar la esperanza de una representación placentera en el futuro. Resulta evidente que no hablar de aquello traumático lo hace aún más patógeno y de la importancia que tienen los padres de fungir como mediadores y contenedores de las angustias y miedos de los hijos. De no ser así, el trauma podría devenir más de las interacciones con ellos, que de la realidad social que amenaza. En este sentido, Rozembaum enfatiza que no hay nada peor que, la incertidumbre del impacto dejado por el discurso terrorista insensato parental, que marca con su sello al niño, alterando su juicio, inhibiendo su actividad fantasmática y su pulsión de investigación. Ninguna realidad histórica, por patógena que sea, alcanza por sí sola para instaurar una patología. Asimismo en las condiciones precoces de la infancia, no es posible determinar de manera contundente el destino del psiquismo en el futuro; lo que resulta real es que el estrés de lo traumático

del entorno, impone al niño una violencia y un sufrimiento, que exige de él un esfuerzo que no siempre le resulta fácil de sostener.

En un contexto de violencia social, esto se articula con la crianza en cualquiera de sus modalidades. Violencia, del latín *violentia,* se puede definir como aquello que constituye una amenaza para la homeostasis psíquica. La Real Academia Española considera que la acción de *violar* es uno de los sentidos contenidos en el término, y violar significa el *abuso*, donde lo violado es la subjetividad, la conversión del otro en un objeto-cosa. Es lo opuesto a la ternura y al respeto por la alteridad, que son base de la cultura (Rozembaum, 2016).

Esther Romano (2008), menciona en relación a la problemática de la violencia, que la consideración por el otro en el ámbito familiar y hogareño, alberga el sentimiento benigno de confianza y que entrama la base para el lazo social. Su falla, sea por omisión, por ausencia, indiferencia, presencia intrusiva o rechazo, se asocia con vivencias de no existir y de extrañeza. De acuerdo con la autora, los anudamientos del lazo social con el reconocimiento del otro son los elementos firmes del basamento ético. Es decir, sin lazos sociales, sin consideración por el otro, no hay ética. Para vivir en un contexto ético, primero se debe establecer un sentimiento de haber sido reconocido y considerado por un otro, para el cual uno fue importante y donde se siente pertenencia y lealtad. Es decir, sin ética no hay ley, pero sin ley no hay ética. Dicho lo anterior, queda claro la gran relevancia que tiene la capacidad de regular el impacto de la inseguridad social, de transmitir confianza y promover el autocuidado entre padres e hijos, así como, transmitir la capacidad de discernir entre lo constructivo y lo destructivo, entre lo ético y lo anti-ético, la honestidad y la deshonestidad, lo humano y lo deshumanizante, todo ello dentro de un ámbito de confianza y calidez que permita reflexionar sobre las distintas problemáticas sociales.

En este punto resulta importante tomar en consideración: ¿En qué medida el miedo y la angustia de la inseguridad social nos paraliza y nos aleja de la comprensión del otro? Tanto a nosotros como psicoanalistas, así como a los padres en su capacidad empática y reflexiva frente a sus hijos, permeando sus miedos en ellos, normalizando la violencia y transmitiendo la perversidad como fortaleza. Resulta relevante evitar a toda costa que, ante la dificultad para lidiar con lo traumático, el psiquismo se disocie al no poder traducir y acomodar los impactos emocionales que recibe, disociación que lo aleja del sentir humano y sensible.

Emilce Dio Bleichmar (2017) acuñó el término de *superyó materno,*

diferenciándolo del *superyó freudiano*, para referirse al superyó que desarrollan las madres para hacer frente a la crianza, el cual está relacionado con el ideal del yo y se encuentra en constante re afirmación y validación con respecto a la percepción que se va teniendo de ser o no, una "buena madre". En lo personal, me doy el permiso para hablar de ello en este escrito, como *superyó parental*, donde la preocupación constante de no estar a la altura de los estándares de ser unos "buenos padres", propicia el desarrollo de un superyó punitivo, y tal como Fonagy (2006) lo señala, afecta la capacidad reflexiva y de auto regulación e interfiere con el desarrollo de los infantes.

Para seguir con nuestra discusión me gustaría reflexionar ¿Cómo el *superyó parental* interactúa con la poca seguridad social que vivimos en la actualidad?, ¿Cómo afecta a la parentalidad, el hecho de que los padres se percaten a diario, que sus hijos están creciendo en un país con pocas garantías de seguridad social? Es probable que aparezca la culpa, el miedo, la sobreprotección, el silencio, el congelamiento, el distanciamiento, frente a la parálisis de no saber o no entender cómo manejar diversas problemáticas o circunstancias cotidianas con el trasfondo de la inseguridad y la violencia. Dio Bleichmar señala que cuando los adultos son menos reflexivos, es probable que sean menos empáticos y más intrusivos, esta desregulación en las interacciones afecta la construcción de la comunicación compleja y simbólica. La autora cuestiona la falta de teorías en psicoanálisis para comprender cómo las fantasías persecutorias de los infantes están relacionadas con las fantasías persecutorias cargadas de ansiedad de los padres, producto del superyó parental, cargado de las exigencias. En este punto, agregaría que también es producto de vivir en un entorno amenazante y poco contenedor.

Es probable que frente a lo punitivo de este superyó parental amenazado por la violencia y la inseguridad surja la culpa. La culpa abre la oportunidad de hablar de los miedos y lo que se siente frente a la viviencia de inseguridad. Peskin (2017) con el objetivo de entender la culpa como *culpa de vida* y no como *culpa de muerte*, sugiere la comprensión de esta, no desde la *culpa de muerte* que sería lo filicida inconsciente de los padres, sino pensarlo como *culpa de vida*, esta se entiende a partir de una mirada libidinizadora, como un intento de humanización y de no normalizar la violencia, ni permitir la disociación, sino de buscar proteger a los seres queridos. Nuestra comprensión terapéutica es clave, para entender lo real de la precupación parental, donde aparece lo protector, la capacidad de sí sentir temor frente a la realidad traumática que estamos viviendo y no disociarse como efecto de

negar la amenaza constante de perder a un ser querido y entonces, coludirnos con el silencio que emana de la pulsión de muerte.

En este punto y ya acercándonos a finalizar este escrito, me gustaría enfatizar que como profesionales de la salud mental es indispensable colocarnos como *testigos terapéuticos*, en términos de Peskin (2017). Se trata de ser testigos de la violencia, la inseguridad y los miedos, para poder así ayudar a tramitar y disminur el impacto de la violencia real y de lo traumático en sus distintas modalidades. Esto también implica, reconocer la manera de cómo se conjuga lo ambiental, lo intrapsíquico, lo intersubjetivo, lo transubjetivo y lo cultural, en las representaciones parentales frente a la crianza de los hijos, tal como lo señala Lartigue (2016). De esta manera, podemos intentar prevenir los efectos patologizantes que pudieran instaurarse en las interacciones familiares. No validar la realidad social de nuestro país nos hace parte del problema. No parece fácil, pero es imperante que en nuestra escucha terapéutica logremos comprender la manera en que los pacientes van acomodando la violencia social, implica cuestionarnos si ante esta violencia ¿la niegan?, ¿se coluden y la trasmiten a sus hijos como normalizada?, ¿la disocian?, ¿han sido víctimas de ella o la viven de manera persecutoria y paranoide? En fin, escuchar las distintas maneras en que esta se manifiesta, nos permite saber dónde colocarnos y prevenirnos nosotros también de no disociarnos, de una realidad que nos amenaza a todos por igual.

Perdemos nuestra capacidad de preocuparnos por el otro, cuando nos volvemos cómplices, en términos de Dejours (2016): "Cuando banalizamos la injusticia social". Ante esto, el reto es que como psicoanalistas podamos ofrecer la escucha empática y sintonizada que valide como real, el temor, el trauma y la violencia de un medio ambiente amenazante. En la contratransferencia es posible que aquello que le preocupa al paciente, que también le preocupa al analista, quede silenciado al no saber cómo abordar y pensar algo que amenaza ambos. En la lucha por no dejarnos deshumanizar, cabe recordar a Arieti (1979) quien planteó que "Entender la destructividad desde lo ambiental obliga al psiquismo y por lo tanto, al sujeto a humanizarse".

Resumen

El presente escrito plantea la interrogante ¿Cómo vamos integrando en nuestro trabajo clínico, como psicoanalistas mexicanos, la comprensión

de la patología en un entorno donde la realidad traumática se impone sobre las dificultades para lidiar con los procesos psíquicos internos? Se enfatiza la gran relevancia que tiene la capacidad de regular el impacto de la inseguridad social, de transmitir confianza y promover el autocuidado entre padres e hijos. Se cuestiona en qué medida el miedo y la angustia de la inseguridad social nos paraliza como profesionales y nos aleja de la comprensión del otro, tanto a los psicoanalistas, como a los padres en su capacidad empática y reflexiva frente a sus hijos. Señalado que es indispensable como psicoanlistas colocarnos como *testigos terapéuticos*, en términos de Peskin, al ser testigos de la violencia, la inseguridad y los miedos, para poder ayudar a tramitar y disminur el impacto de la violencia real y lo traumático en sus distintas modalidades. Ofrecer una escucha empática y sintonizada que valide como real, el temor, el trauma y la violencia de un medio ambiente amenazante, pendientes de nuestra contratransferencia para evitar la *disociación* que pone en silencio aquello que nos atemoriza al igual que a nuestros pacientes en relación a la violencia y la pulsión de muerte. Se concluye que resulta indispensable abrir espacios de reflexión sobre la violencia social, en la lucha por no dejarnos deshumanizar, se cita a Arieti quien planteó que "Entender la destructividad desde lo ambiental obliga al psiquismo y por lo tanto, al sujeto a humanizarse".

Palabras Clave: Violencia, trauma, humanización, disociación

Summary

This paper raises the question: How are we integrating into our clinical work, as Mexican psychoanalysts the understanding of pathology in an environment where traumatic reality prevails over difficulties in dealing with internal psychic processes? Pointing out how important is to have the ability to regulate the impact of social insecurity, to transmit confidence and promote self-care between parents and children. Both psychoanalysts and parents can get paralyzed, in the capacity to understand the other, and in the empathic and reflective capacity, in front of the fear and anguish of social insecurity. So is essential as psychoanalysts to position ourselves as therapeutic witnesses, in terms of Peskin, as witness of violence, insecurity and fear, in order to help process and reduce the impact of the real and traumatic violence in its different modalities, offering empathetic and attuned listening that validates as real, the fear, the trauma and the violence of a threatening environment, pending in our countertransference

to avoid dissociation that silences what frightens us, as well as our patients in relation to violence and the death drive. It is concluded that it is essential to open spaces to reflect on social violence, in the fight to don't allow ourselves to be dehumanized, Arieti is quoted as saying that "Understanding destructiveness from an environmental point of view, forces the psyche and therefore the subject to humanize ".

Keywords: Violence, trauma, humanization, dissociation

Referencias bibliográficas

ALIZADE, M. (2002). *Lo positivo en psicoanálisis: Implicaciones teórico-técnicas*. Argentina: Lumen

ARIETI, S. (1979). *The Parnas: A Scene from the Holocaust*. Philadelphia: Paul Dry Books Inc.

DEJOURS, C. (2006). *La banalización de la injusticia social*. Buenos Aires, Argentina: Topía.

DIO BLEICHMAR, E. (2017). The dynamics between "the internal bad mother" and the construction of the "bad child". En *Changing sexualities and parental functions in the twent-first century*, C. S. Holovko, & F. Thomson-Salo (Eds.) London: Karnac, pp. 31-41.

FONAGY, P. (2006). The Mentalization-Focused Approach to Self Pathology. *Journal of Personality Disorders*, 20(6): 544-576.

LARTIGUE, T. (2016). Envidia ante los atributos femeninos. *Cuadernos de Psicoanálisis* XLIX (3-4): 106-116.

MANN-SHALVI, H. (2018). *From Ultrasound to Army: The Unconscious Trajectories of Masculinity in Israel*. London: Routledge.

PESKIN, H. (2017). Uses of guilt in the treatment of dehumanization. *The International Journal of Psychoanalysis*, *98*(2): 473-489.

ROMANO, E. (2008). Paidofilia. Violencia hacia las niñas de la idolatría al desecho. En *Los laberintos de la violencia,* L. G. Fiorini (Ed.) Buenos Aires: Lugar Editorial, pp. 171-195.

ROZENBAUM, A. (2016). El psiquismo bombardeado. En *Padres e hijos… el poder de enfermar al otro: Curarse desde la vivencia,* E. Rotenberg (Comp.), Buenos Aires: Lugar Editores, pp.91-112.